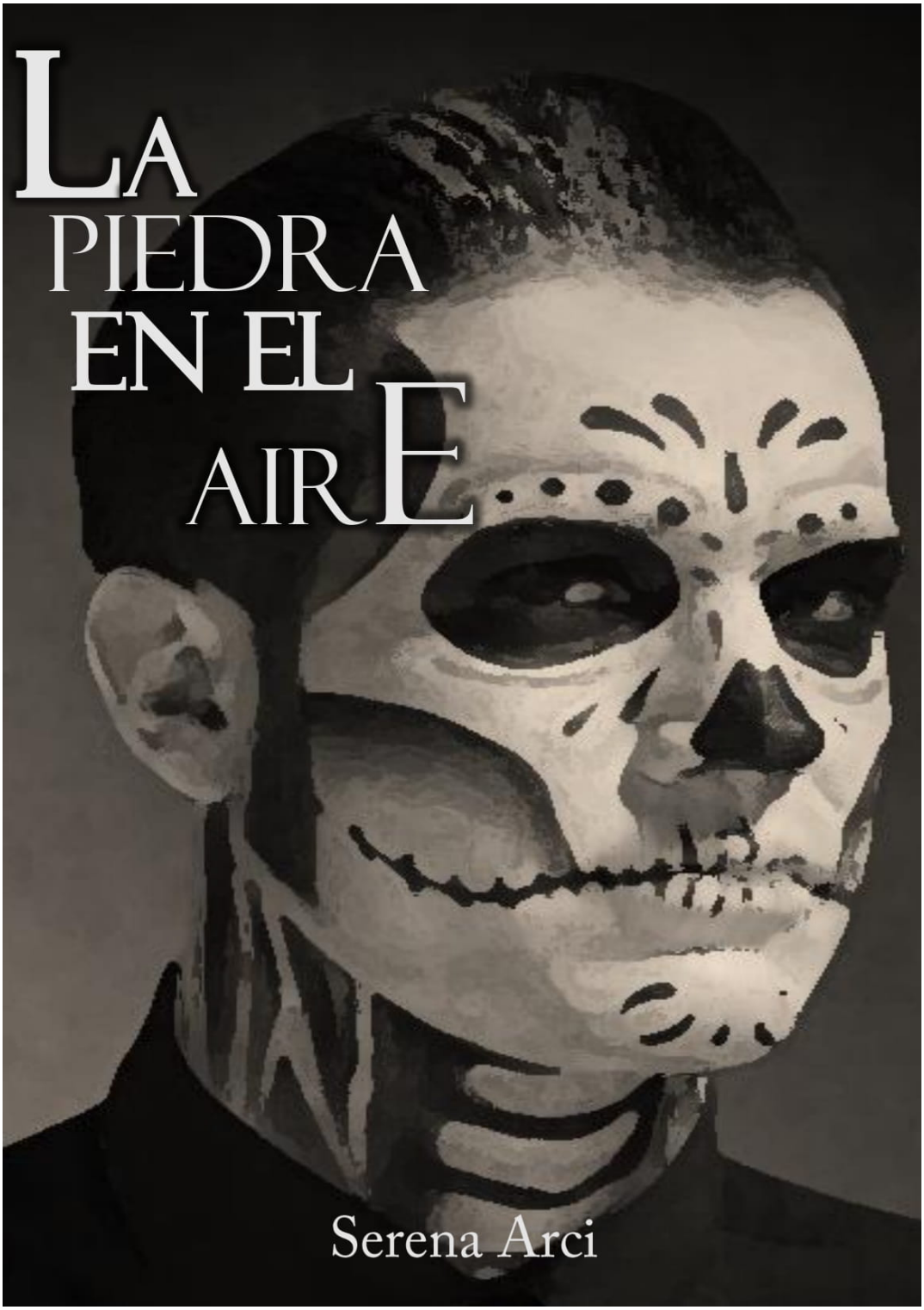
La piedra en el aire

Serena Arci



Capítulo 1

La piedra en el aire

Cando cae la noche y el cielo se torna apagado, un frio gélido se apodera de la calle y comienza la hora del espanto. Sabrá Dios que hace aquel chico en medio de la calle y sin ninguna chaqueta que lo cubra de aquel helado ambiente. Yo, por mi parte, me dedico a contemplarlo desde la ventana de mi hogar y en donde el entorno se percibe cálido. Su ropa luce andrajosa, su cabello se revela enmarañado, su rostro se descubre opaco y por zapatos porta un par de sandalias desgastadas. En mano lleva un objeto casi redondo que lanza al aire y que al parecer es una pequeña piedra negruzca que sube y baja vertiginosamente.

Al instante viene a mi mente los relatos fantásticos de mi tío abuelo, aquellos relatos que narraba con esmero cuando aún conservaba la vida y que le encantaba contar cuando yo era apenas una chiquilla.

Por aquel entonces retornábamos al pueblecito de mi padre, aquel lugar de antaño ubicado a las afueras de la ciudad de México y dentro del Estado de Michoacán. Su casa de adobe y de dos aguas pertenecía a mi abuela, el fogón donde se echaban las tortillas hechas a mano siempre se descubrió encendido, las gallinas culecas dormían en el interior de un montículo de lápidas que rodeaban a un grandioso higüero, y la pequeña casa del tío abuelo apenas era separada por una valla de piedras amontonadas una sobre otras. Aquel viejito de ceja tupida, canosa, intensa y curiosa me obligaba a escudriñar en el interior de sus ojos vibrantes su fascinación por el mundo. Ese viejecito con bastón en mano y sombrero de paja rebelaba con su andar que la mayor parte de su vida la había dedicado a transitar por aquellos parajes.

Una noche, mientras bebía de su tarro de atole humeante y caliente se dirigió a mí.

—¿Sabes, pequeña, qué son esas luces de fuego? —y señaló hacia lo lejos.

—¡Sí, tío Busho…! —declaré contenta—. Son estrellas.

—Mmmm, ¿estrellas? —chasqueó la lengua, y quedándose pensativo por un momento y limpiando su boca con su pañuelo rojo desgastado agregó—. Tu abuela dice que las blancas que se encuentran allá en lo alto son estrellas —señalando arriba de mi cabeza—, pero yo he visto vagar

por el aire a otras que estoy seguro de que son almas en vela.

—¿Almas en vela?

—Sí, pequeña... Almas en vela vagan por doquier y tal vez tú las has visto.

Siendo una pequeña escuincla de diez años por aquel entonces, le decía que no lo sabía, que mi madre afirmaba que eran estrellas pero que mi padre aseguraba de que algunas eran almas.

—¿Cómo es posible, tío Busho?

—Ahora verás—se acomodó en la barda, y sosteniendo con ambas manos su bastón continuó—… Mi apá me contó que cuando apenas era un chiquillo, así como lo eres tú, mi niña, había cruzado el campo ya cuando había obscurecido y solo pa traer pulque de don Silverio que vivía cerca del río. Mira, ese lugar que ves tú por allá —y lo señaló—. Por el camino, había pillado una pequeña luz clara posada sobre el peral y tambaleándose de aquí para allá como queriendo bailar. Trató de aclarar la vista pa saber que era, y aunque se talló los ojos como cuando te quitas la chinginilla de uno de ellos no logró saberlo. Él se lo contó a mi abuelo quien aseguró que se trataba de un alma. Aunque no le importó cuando se lo dijo, lo entendió con claridad cuando pasó la temporada de siembra y había cobrado el dinero de la cosecha. Pasó pues de nuevo con Don Silverio pa traer la bebida de su apá. Siendo de noche y en el mismo lugar pilló de nuevo la luz danzante, pero continuó de largo. Cuando regresó y cruzó por entre las piedras, halló un hombre recargado sobre la valla con una botella en la mano y apretando un cigarro entre sus labios. Como un cuete rodeo el muro y se dirigió por otro lado. Aquel hombre se dio cuenta y saltó la valla como un conejo pa ir tras él. Mi apá echó un ojo, y cuando lo hizo, no se dio cuenta y tropezó con una enorme piedra que lo hizo caer dentro de una zanja. Giró la cabeza pa ver en donde venía y lo descubrió cerquititas a sus pies. Aquel tipo se echó a él y trató de arrebatarle el morral. Y mientras lo hacía, una piedra golpeó el lomo del ladrón, luego otra, después otra…, otra más rebotó sobre su cabeza que lo hizo virar. Cuando el hombre izó la mirada lo pilló espantado. Al sentir la última piedra en el rostro, el ladrón lo soltó y se echó a correr como alma que lleva el diablo. Mi apá se sorprendió y giró la cabeza pa descubrir a su salvador. De repente… sobre la valla de piedras amontonadas distinguió la silueta de un chico casi transparente que le brindó enseguidita una sonrisa. Traía pues en una mano una piedra que lanzaba en el aire una y otra vez, y en cuanto la aventó más a lo alto… la sombra se desvaneció frente a sus ojos. Él se lo contó a mi abuelo, quien, cuando le dijo cómo era, reveló que se trataba de su propio hermano que había fallecido hace varios años.

Así fue como recordé aquella historia del Tío Abuelo, y en el mismo instante en el que miré aquel chico de sandalias y de aspecto diferente posado bajo la barandilla de un árbol. De repente…el joven se detuvo en seco, se quedó quieto y girando el rostro lentamente elevó la cara para mirarme. Ya con sus ojos puestos en mí me mostró una sonrisa muy parecida a la de mi padre y nuevamente lanzó la piedra al aire para después desvanecerse ante mi mirar. En ese momento supe de quien se trataba y como un rayo me dirigí al estudio en donde la familia conservaba un álbum ya desgastado con las fotografías de mis parientes. Hallé la foto del tío abuelo y una de mi bisabuelo ya deteriorada junto a otra en donde apenas se podía distinguir la imagen de un chico. No cabía duda de que era él; la misma ropa, el mismo pelo y el mismo porte. Ahora comprendo por qué mi padre insiste en colocar la imagen de mis parientes en el altar y obviamente no puede faltar en la ofrenda. Hoy, siendo la fecha señalada, se puede sentir en el ambiente el transitar de las almas y el frío y el escalofrío que envuelve a los huesos. Ese frío que te hace sentir que no estás solo, y que tras de ti hay una presencia andando. Pero yo no solo sentí ese escalofrío, o esa inquietud, o esa incertidumbre, sino que, además, tuve el placer de mirar a mi pariente cara a cara y saber que estará velando por mí.